

nada ó casi nada tenían que leer; y como la lengua italiana era la única moderna que á la sazón poseyese algo parecido á literatura, sin dificultad se ordenaba entónces cuanto hubiera de más notable y precioso en todas las lenguas nacionales de Europa en un estante de reducidas proporciones. Inglaterra no conocia las obras de Shakspeare, ni la *Reina de las Hadas* (The Fairy Queen), ni Francia los *Ensayos de Montaigne*, ni España el *Quijote*. Recorriendo una biblioteca, ¿cuántos libros ingleses ó franceses halláramos anteriores á la época de lady Juana Grey y de la reina Isabel, además de Chaucer, Gower, Froissart, Comines y Rabelais? Necesario era, pues, que las mujeres recibieran educacion clásica ó no recibieran ninguna, por no ser posible adquirir conocimientos literarios, políticos ó religiosos ignorando las lenguas antiguas. En el siglo xvii era el latin tanto ó más que el francés á partir del siglo xviii, pues no se hacia uso de otro idioma en la diplomacia, en las córtes, en las áulasy en las controversias políticas y teológicas, como que en una época en la cual se hallaban las lenguas vivas en estado de fluctuacion, la del Lacio gozaba de la plenitud de su fuerza, estaba universalmente conocida, y no habia sabio ni hombre bien educado que no la poseyera, ni casi escritor que aspirase á crear fama duradera que no escribiese sus obras en latin. Tampoco podian ensanchar el círculo de sus conocimientos los que lo ignoraban, porque no sólo habian de renunciar á Ciceron y á Virgilio, y á los voluminosos tratados de teología y derecho canónico, si que tambien á las memorias más interesantes, á los papeles de Estado, á los libelos, y aún á las poesías más renombradas y á las sátiras más punzantes, siendo

cual si no fueran para ellos los versos lisonjeros de Buchanan, los diálogos de Erasmo y las epístolas de Hutten.

Ya no acontece así por ventura, porque toda controversia política y religiosa tiene lugar en las lenguas modernas, no empleándose las antiguas sino para comentar los escritores de los tiempos pasados. Las grandes producciones del ingenio ateniense y latino gozan hoy de igual fama que ántes; mas, áun cuando su mérito intrínseco no ha perdido, su valor relativo está en descenso, y acontece así á virtud de comparaciones que se hacen con el caudal inmenso de riqueza intelectual en cuya posesion se halla la humanidad; como que la clásica antigüedad lo era todo para nuestros antepasados, miéntras sólo es parte de nuestros tesoros literarios. ¿Qué tragedia, si no, hubiera conmovido y hecho verter lágrimas á lady Juana Grey, ni qué comedia sonreír á no poder recrear su espíritu con la lectura de los antiguos dramáticos? en tanto que los alicionados modernos pueden prescindir á estos fines del *Edipo* y la *Medea*, poseyendo el *Otelo* y el *Hamlet*, compensando en cierto modo tambien la deleitable ironía de Platon con la de Pascal, refugiándose, por decirlo así, en Lilliput al ser excluidos de Nefelococcygia. No entendemos cometer tampoco ninguna irreverencia respecto de los grandes pueblos á quienes debe la raza humana ciencias, artes, buen gusto, libertad civil é intelectual, diciendo que las riquezas que nos legaron han sido tan bien administradas, que sus intereses acumulados en el trascurso de los siglos exceden con mucho el capital primitivo, y que los libros que se han escrito en las lenguas de la Europa occidental desde hace doscientos cincuenta años, incluyendo en el catálogo naturalmente las traduc-

ciones de las antiguas, tienen más valor é importancia que cuantos se conocian en tiempos anteriores á esa fecha. Y como las mujeres inglesas saben al presente, por lo ménos tan bien como sus maridos y hermanos, las lenguas modernas de Europa, cuando comparamos los conocimientos de lady Juana Grey con los de cualquiera jóven instruida contemporánea nuestra, no vacilamos en dar la superioridad á la última. Y con esto nada más decimos en orden al asunto, esperando que nuestros lectores perdonen la digresion, acaso extensa en demasia, mas no inoportuna, si logra persuadirlos del error en que se hallan, suponiendo que las bisabuelas de sus tatarabuelas fueron superiores á sus hermanas y esposas.

Francisco Bacon, el menor de los hijos de sir Nicolás, nació en York-House, residencia de su padre, situada en el Strand, á 22 de Enero de 1561. Su complexión fué muy delicada, y puédesse atribuir á esta circunstancia en cierto modo la precoz seriedad de que dió muestras y su aficion á las ocupaciones sedentarias, cosas ambas que lo apartaron siempre y lo distinguieron de sus compañeros. Sabido es cuánto divertian á la reina la viveza de su imaginacion y la gravedad de su porte, por lo cual lo llamaba siempre su lord Canciller, y no lo es ménos las prolijas investigaciones que hizo en cierta ocasion, cuando áun era muy niño, para inquirir las causas de un eco que le traia preocupado y curioso y que se producía bajo la bóveda de Saint-James's Fields, así como tambien que á los doce años de su edad se ocupaba en hacer ingeniosas investigaciones acerca del arte de los juglares, asunto digno, segun observa con mucho acierto el profesor Dugald Stewart, de la preferente atencion de los filósofos.

sofos. Pero si bien todo esto es cosa baladí, la grande y merecida fama de Bacon lo hace interesante y digno de quedar consignado, tratándose de su persona.

A los trece años entró en el colegio de la Trinidad, de Cambridge, famosa escuela, singularmente favorecida del á la sazón lord tesorero y del lord guarda-sellos. Un mes despues de ser admitido en ella nuestro Bacon, reconocia el establecimiento, á virtud de una carta que pasó al dominio público, las apreciables ventajas que reportaba de la proteccion de tan poderosos personajes. Dirigia entónces la Universidad Whitgift, que fué con el tiempo arzobispo de Cantorbery, sacerdote tiránico y servil, de limitado ingenio, que logró encumbrarse á fuerza de lisonjear las ambiciones de los poderosos y de arrastrarse á sus plantas, y que luégo empleó todo su valimiento en perseguir simultáneamente así los que pensaban á la manera de Calvino en orden al gobierno de la Iglesia, como los que no participaban de su doctrina en orden á la reprobacion. Whitgift se hallaba entónces en el estado de la crisálida que deja la forma de gusano para tomar la de mariposa; manera de ninfa intermediaria entre el oprimido y el opresor, y se desquitaba de las bajezas que hacia diariamente humillándose á los ministros, ejerciendo la tiranía en el colegio. Fuera injusto, no obstante, no reconocer en su alabanza que prestó señalado servicio á las letras, resistiendo resueltamente á los que pretendian convertir el de la Trinidad en mera sucursal de la Escuela de Westminster, acto animoso, acaso el único bueno de su larga vida pública, que fué parte á preservar el establecimiento literario más ilustre de Inglaterra de la suerte desdichada que corrieron el Colegio del

Rey y el Nuevo Colegio (*The King's College y The New College*).

Se ha dicho con insistencia por algunos autores que aún estaba Francisco Bacon en el colegio de la Trinidad cuando concibió el plan de la gran revolución intelectual á que se halla irrevocablemente unido su nombre; pero faltan pruebas para establecer el hecho de una manera positiva, siendo poco verosímil que un proyecto de tal naturaleza y de tanta trascendencia pudiera formarse, aún por persona de inteligencia poderosa y activa como él lo era, contando tan corta edad. Lo cierto y averiguado es que salió de la universidad tres años después de su ingreso en ella, penetrado de profundo menosprecio hácia su programa de estudios y las luchas en que se aniquilaban los sectarios de Aristóteles, de poco respeto al famoso filósofo, y convencido además de que la educación académica se hallaba radicalmente viciada en Inglaterra.

Diez y seis años tenía Francisco Bacon cuando se trasladó á Paris, donde permaneció algun tiempo bajo la tutela de sir Amias Paulet, ministro de Isabel en la corte de Francia, y uno de los más hábiles é íntegros individuos de aquella falange ilustre de servidores que siempre rodeó su trono y ejecutó por muy discreta manera sus voluntades. Hallábase la Francia entónces sumida en lamentables agitaciones, y hugonotes y católicos reconcentraban sus fuerzas para emplearlas en la más violenta y empeñada lucha que hasta los momentos aquellos hubieran tenido, en tanto que el monarca, descuidando su deber de ampararlos y protegerlos, se abismaba de tal modo en el cieno de los vicios que ni autoridad ni prestigio le quedaban. Bacon recorrió varias provincias y se detuvo más en Poitiers que en otra

parte, demostrando en su viaje gran celo por los estudios literarios y científicos; pero más principalmente por la estadística y la diplomacia. En esa época redactó las notas acerca del estado de la Europa que se hallan esparcidas en el cuerpo de sus obras; estudió los principios del arte de la cifra con asiduidad extremada, é inventó una tan ingeniosa que muchos años después la consideró merecedora de figurar en su *De augmentis*. Consagrado á estas ocupaciones se hallaba, cuando supo en Febrero de 1580 la muerte casi repentina de su padre, y regresó á Inglaterra sin más tardanza.

Este desgraciado suceso anubló los risueños horizontes de su juventud. Porque como deseara vivamente ocupar una situación que le permitiera consagrarse á la literatura y á la política y se dirigiese á este fin al Gobierno, quedó frustrado su empeño; desgracia tanto más imprevista y extraña, cuanto que sus aspiraciones eran modestas y que tenía derechos hereditarios, por decirlo así, á cierta benevolencia por parte de la administración. La Reina lo había tratado con mucho favor; su tío era primer ministro, y su mérito personal tan grande, que los secretarios del despacho, cualesquiera que fuesen, hubieran debido emplearlo en el mejor servicio del país; pero sus pretensiones no dieron resultado alguno, porque los Cecil lo querían mal é hicieron siempre todo lo posible dentro de los límites del decoro para impedir su establecimiento. Misterio es este cuya explicación no da nadie, conviniendo sus biógrafos siempre en que nunca hizo la menor cosa que mereciera el encono de la familia. Ni tampoco parece probable que un hombre dotado por naturaleza de carácter blando y dulce, de maneras cortesanas, cuya preocupación constante fué asegurar su

porvenir, y que llevó al extremo el temor de incurrir en el desagrado de los grandes y poderosos, hubiera cometido faltas de cierta índole que merecieran el enojo de sus deudos, cuando éstos eran tales que así podían hacerle servicios importantes como daños irreparables.

La verdadera explicación del caso debe de ser la siguiente: Roberto Cecil, hijo segundo del Tesorero, tenía pocos meses menos que nuestro Bacon; habiéndolo educado con el mayor esmero, é iniciándolo su padre desde muy temprana edad en los misterios de la diplomacia y las intrigas cortesanas; se hallaba ya en ocasión de aparecer en la vida pública, y lord Burleigh anhelaba con singular empeño que su hijo fuera tal, que mereciese con el tiempo heredar su propia grandeza; mas con ser mucha la parcialidad paternal de Burleigh no era tanta que le impidiese ver claramente que Roberto, á pesar de sus buenas facultades y de su caudal científico, no podía compararse con su primo Francisco. Esta y no otra es, á nuestro parecer, la explicación razonable de la conducta del Tesorero. Mr. Montagu es más caritativo, y supone que Burleigh sólo se inspiró, al proceder de la manera que lo hizo con Francisco Bacon, en el mismo cariño que le tenía, pues de esa suerte lo puso en el caso de no confiar nunca en los demás sino en sus propias fuerzas, aconsejándole seguir como más segura la carrera de juriconsulto y más práctica que no la inestable y azarosa de la política.

Si tal creía lord Burleigh, no sin esfuerzo habremos de explicarnos que arriesgara el porvenir de su hijo predilecto al proceloso mar de cuyas orillas apartaba tan cuidadosamente á su sobrino. Pero de todos modos, es lo cierto que si lord Burleigh hu-

biera querido, fácil y llano le habría sido asegurar el porvenir de Bacon de una manera estable y en relación con sus inclinaciones, y que tan poco propicio se mostró á darle una profesión que lo ayudase y sirviese para el medro y adelanto de su carrera, como á ponerlo en condiciones de vivir sin ella. No es ménos indudable también, para nosotros al ménos, que Bacon mismo atribuía la conducta de sus parientes á la envidia que les producía la superioridad de su talento, pues en carta escrita muchos años despues á Villiers se expresaba de esta suerte: «Prestad apoyo siempre, auxiliad en toda ocasión, protegéd con eficacia constante á los hombres distinguidos en todas las condiciones de la vida, en todos los cargos y modos de ser; hacedlo por deber y además por egoísmo y conveniencia propia, y tened en memoria que en tiempo de los Cecil, así del padre como del hijo, se procedía muy de otro modo, suprimiendo voluntariamente y con placer los hombres distinguidos.»

Burleigh permaneció fiel á su consigna de no hacer la menor cosa en bien de su sobrino, y en vano fueron por tanto las súplicas y los ruegos ya urgentes, ya humildes, ya serviles del pretendiente, pues con ser el jóven más aventajado de su época y que más prometía para lo porvenir; con haber sido su padre cuñado, útil colega, el más útil acaso del ministro, y su mejor y más consecuente amigo, de nada le sirvieron ni los merecimientos personales, ni los vinculos del parentesco, ni los servicios del autor de sus dias. Al fin, cansado de respuestas evasivas y de aplazamientos injustificados, determinó de consagrarse al estudio del derecho, y en él pasó el tiempo necesario en la más completa oscuridad.

Difícil es decir hasta dónde llegaba la ciencia de

Bacon como jurisconsulto, pues un hombre de sus condiciones podía sin mucho esfuerzo adquirir el escaso caudal de conocimientos técnicos que son necesarios para trasformar en abogado eminente al que reúne á la pequeña suma de saber necesaria, viveza de imaginación, tacto, ingenio, sutileza, elocuencia y trato de gentes. La opinión general acerca de este particular parece haber sido la formulada cierto día por la reina Isabel, á saber: «que Bacon tenía felicísimo ingenio y gran saber; pero que en materias de jurisprudencia desde luego se veía todo su caudal en la superficie, sin que le quedara nada en el fondo;» opinión que á nuestro parecer habían forjado y propalado los Cecil á fuerza de insinuaciones y palabras encubiertas.

Coke iba más lejos y lo hacía con más descaro, pues proclamaba sus malos pensamientos sin empacho alguno, en voz alta y con el desenfado y la desvergüenza propios de su carácter mezquino y rencoroso. Y como no hay juicios y apreciaciones que se adopten más fácil y prontamente que aquellos enderezados á mermar el mérito de los hombres grandes ni que más consuelen la envidia de la medianía y de la nulidad, nada podía ser tan grato, ni tan placentero para los leguleyos estúpidos, dignos precursores de aquel necio que siglo y medio despues «se encogía despreciativamente de hombres cuando entendía calificar á Murray de persona ingeniosa y discreta,» como saber que el más profundo pensador y orador más elocuente de su siglo á todas luces conocía de un modo imperfecto la ley sobre el *bastard eigné* y el *mulier puisné* (1), y que confundía el derecho llamado de

(1) Llamábase antiguamente *bastard eigné* en Inglaterr-

*free fishery* con el conocido bajo el nombre de *common of piscary* (1).

Es indudable que Bacon sabía más filosofía del derecho que todos sus contemporáneos y que supieron todos sus colegas en los ciento cincuenta años siguientes; y como sus conocimientos técnicos tenían por auxiliares poderosos las admirables dotes de su claro ingenio y su elocuencia persuasiva, circunstancias estas eficaces á proporcionarle clientela, hizo rápidamente carrera y concibió la fundada esperanza de obtener el título de letrado de la Corona (2). Dirigióse á este fin á lord Burleigh; pero su tío se negó de una manera terminante á servirlo, no siendo difícil apreciar en cierto modo los motivos de su negaliva por la respuesta de Bacon, que tenemos á la vista. Porque como lord Burleigh, á quien los años y la gota pusieron el carácter aún más ágrío y destemplado que lo fué antes, y que se complacía en demostrar su mala voluntad hácia los

---

ra el primogénito nacido ántes del matrimonio. La *mulier puisné* es la hermana segunda, pero nacida despues del matrimonio, hija legítima y heredera del padre de ambos. —N. del T.

(1) El *free fishery* es en Inglaterra el privilegio concedido por la corona de pescar en los rios, mientras que el *common of piscary* es el de pescar en las aguas de un particular. —N del T.

(2) No hemos hallado mejor equivalencia en nuestra lengua para expresar la denominación de *Kiny's Counsel*, que la de letrado de la Corona; los cuales se diferencian en Inglaterra de la generalidad de los abogados (*barristers*) en que cuando informan ántes los jueces lo hacen de la barra adentro del tribunal, y estos en la barra misma, pero fuera. Además, los letrados de la corona ó del rey contraen la obligación de no abogar por nadie contra la corona, sin prévia licencia del monarca; los otros se hallan exentos y libres de esta prohibición. —N. del T.

jóvenes ilustrados de la nueva generacion, aprovechara el motivo para enderezar á nuestro Bacon una filípica contra su vanidad y falta de respeto hácia los superiores en edad, dignidad y gobierno, él agredido le contestó con muestras de mucha reverencia, dándole gracias por el consejo y prometiéndole no echarlo en olvido. Pero si los propios se conducian de la manera injusta que dejamos expuesta con Francisco Bacon, los extraños procedian de muy diverso modo, aventajándolo en la medida de sus fuerzas. A esto debió ser asesor (1) de Gray's Inn á los veintiseis años, y *Lent Reader* (2) dos despues, alcanzando en 1590 la primera muestra de favor del Gobierno, con su nombramiento de letrado supernumerario de la Corona (3), cargo lisa y llanamente honorífico, y que ningún beneficio pecuniario producía; siguiendo por esta causa en pretensiones de algun empleo que le pusiera en condiciones de vivir sin absorberse por entero en el ejercicio de su profesion, y sufriendo con paciencia y serenidad indescribibles los malos modos de su tío, y las observaciones despreciativas que hacia sin cesar su primo en orden á los hombres que vivian engolfados en las especulaciones filosóficas, y eran demasiado sabios para poder consagrarse á los negocios públicos. Al fin, los Cecil se apiadaron de Bacon y le hicieron merced de nombrarlo sustituto

(1) *Bencher* (asesor), *master* y *principal* son denominaciones de los principales cargos de cada colegio de abogados en Inglaterra.—N. del T.

(2) Literalmente vale tanto en nuestra lengua como *Lector de Cuaresma*, y el titular tiene á su cargo en el colegio la cátedra de Derecho.—N. del T.

(3) En inglés: *Queen's ó King's Counsel extraordinary*.—N. del T.

del Archivero de la Cámara Estrellada; mas, aun cuando el empleo era lucrativo, como no podia entrar á ejercerlo hasta la muerte del propietario, hubo de aguardar algunos años trabajando de abogado para ocurrir á sus necesidades.

En 1593 lo eligieron diputado por el Middlesex, y poco tardó en brillar en el Parlamento entre los más principales oradores, siendo fácil advertir en los escasos extractos de sus discursos que se conservan, muestras repetidas y felices de la energía de lenguaje y de la riqueza de imaginacion que caracterizan sus obras, y que la extension de sus conocimientos históricos y literarios le hacian fácil imponerse deleitando á sus oyentes á vueltas de imágenes y de alusiones pintorescas, eruditas y oportunas. Tambien es evidente que se hallaba exento y libre de todo en todo de los defectos propios de los letrados que despues de haber pasado largos años en el foro, ejerciendo su profesion, logran tomar asiento en la Cámara de los Comunes, pues tenia la costumbre de discutir los grandes negocios no á la menuda y particularmente, sino en conjunto, y de no utilizar los razonamientos. Ben Jonson, juez peritísimo en la materia, nos ha descrito la elocuencia de Bacon en términos tales que no por haberse repetido muchas veces sus palabras habremos de pasarlas ahora en silencio. «Conoci,—dice,—á un orador ilustre cuyos discursos rebotaban elocuencia, y en cuyo lenguaje, cuando lograba resistir á la tentacion de usar palabras picantes, campeaba siempre noble severidad y grandeza de ánimo. Nunca oí hablar hombre alguno con más precision, nitidez, amplitud y aplomo que lo hacia él, sin emplear jamás frases inútiles ó vanas; como que nada holgaba en sus oraciones, ni habia frase fuera de

lugar, ni extraña, sino propias todas, originales y en su punto y sazón debidas; siendo tal el ascendiente que tomaba sobre su auditorio, que ninguno apartaba los ojos de él, ni se movía por temor de perder un ademán ó una palabra. Bacon, en efecto, cuando hablaba era dueño y árbitro de cuantos le oían, y tanto sabía, según su voluntad, seducir ó irritar á los jueces, que bien puede afirmarse que siempre los tuvo á merced de su elocuencia dominados, vencidos y prisioneros de su palabra, y temerosos de que destruyera la fascinación que sobre todos ellos ejercía, dando término al discurso ántes de lo que consentía su deseo.» Aun cuando Ben Jonson no habla de otro auditorio que del togado, porque acaso no tuvo la complacencia de oír á Bacon sino en el foro, en razón á ser entónces, en nuestro concepto, inaccesible casi la Cámara de los Comunes al público; y aunque un observador tan experto y sagaz como lo fué nuestro filósofo, no hablara en el Parlamento cual lo hacía en los tribunales, bien puede suponerse desde luego que la gracia de sus modales y la belleza de su lenguaje, así ejercieran imperio en la Cámara de los Diputados como en las audiencias.

Bacon se propuso representar en la vida política un papel de muy difícil desempeño, queriendo ser á un tiempo mismo favorito del pueblo y de la corte; y, á decir verdad, nunca hubo persona más ocasionada para triunfar en la tentativa, porque reunía grandes condiciones al efecto, precocidad, madurez de juicio, carácter simpático y constantemente igual, y maneras amables, debiendo á tan feliz concurso de circunstancias parte del éxito que alcanzó. Una vez, no obstante, se dejó llevar de un arranque de patriotismo que le causó tan grandes y amargos re-

mordimientos, y tantos, que nunca más fué osado á incurrir en otro igual. Pues como el Estado pidiera considerables subsidios con urgencia extremada, Bacon pronunció un discurso en la Cámara digno del espíritu que inspiró á los grandes patriotas del Largo Parlamento, diciendo, entre otras cosas que se leen con más extensión en su arenga, de la cual sólo existen párrafos sueltos: «Los caballeros y los grandes habrán de vender sus vajillas de plata y los colonos sus vasijas de hierro ántes de poder pagar entre unos y otros contribucion tan onerosa y fuerte; y como no hemos venido aquí en vano, ni tampoco á tocar los bordes de las heridas de la patria, sino á sondarlas, reconocerlas, curarlas y hacer cuanto dependa de nosotros para cerrarlas, de mí sé deciros que, otorgando lo que se nos pide, nos expondremos á grandísimos males y daños. En primer lugar, daremos ocasion al descontento, y pondremos en peligro la seguridad y el sosiego de nuestra esclarecida Soberana, que ántes debe descansar en el amor que no en la riqueza de sus vasallos; y en segundo, si por tal modo le concedemos los subsidios que pide, con el tiempo vendrán otros príncipes y nos pedirán idénticos sacrificios ó más grandes acaso, siendo nuestra la falta por haber creado el precedente, perjudicial para nosotros mismos y para la posteridad; y es necesario que pueda consignar la Historia en sus páginas inmortales para enseñanza provechosa de las generaciones por venir que la nación inglesa es, entre todas las demas del globo, la ménos servil, la ménos esclava y la ménos dispuesta en toda ocasion á sufrir el peso de nuevos impuestos y gabelas.» Palabras fueron éstas que produjeron profunda impresion en el ánimo de la Reina y de los ministros; y

como los altivos é iracundos Tudors habian enviado más de una vez á la Torre de Lóndres á honradísimos é inofensivos diputados en castigo de discursos ménos irrespetuosos que lo fué el de Bacon, acaso el temor del castigo, acaso el convencimiento de haber ido demasiado léjos en el calor de la improvisacion, indujeron al jóven patriota en el trance que nos ocupa á conjurar los peligros y á reconquistar el perdido favor, humillándose hasta el punto de pedir perdon de la manera más degradante á cuantos pudieran estar enojados con él, rogando al lord Tesorero que no privara de su gracia en aquel caso á su servidor y pariente, y escribiendo al lord Canciller una carta indigna, que puede compeler ciertamente con la más despreciable de cuantas redactó Ciceron en el destierro. La leccion fué dura y no inútil, porque Bacon no volvió á incurrir más en falta igual ni parecida.

Al fin comprendió Bacon que nada debia esperar de aquellos poderosos aliados cuya proteccion habia solicitado en vano con tanto empeño y tan humilde perseverancia por espacio de doce años consecutivos, y comenzó á poner los ojos en otra parte.

Figuraba entre los cortesanos de Isabel de poco tiempo hacia un nuevo privado, jóven, noble, rico, distinguido, elocuente, bizarro, generoso y lleno de ambicion; favorito á quien la Reina, ya entrada en años, dispensaba tales muestras de afecto, que apenas logró merecerlas tan señaladas Leicester en la edad de las pasiones; valido que así era ornamento del regio alcázar como ídolo de la *City*, Mecenas de literatos como protector de caballeros, y amparo de católicos como de puritanos perseguidos y menesterosos. Empero la tranquila calma que tan útil fué á Burleigh para guiarlo á traves de infinitos

peligros, y la consumada experiencia que adquirió en el trato diario de dos generaciones de colegas y de rivales, apenas parecian suficientes á sostenerlo en la lucha que lo esperaba. Añádase á esto la envidia y el temor con que Roberto Cecil veia crecer por momentos la fama y la influencia extraordinarias del de Essex.

La historia de las facciones que dividieron la camarilla y el Consejo, durante los postreros años del reinado de Isabel, rebosa de útiles enseñanzas; pero ni ofrece interes ni es agradable de recordar. Porque, miéntras ambos partidos empleaban en sus luchas aquellos recursos que son familiares á los hombres de Estado sin escrúpulos, ninguno se proponia, ni siquiera pretendia tampoco, al atacar ni al resistir, fines de verdadera importancia. El espíritu público reposaba entónces y se rebacia de la fatiga y del cansancio producidos por un grande esfuerzo, y reconcentraba toda su vitalidad para realizar otro. El ímpetu incontrastable y terrible que hizo progresar al humano espíritu en la senda de la libertad durante los cincuenta años siguientes á la rebelion de Lutero contra la Iglesia católica habia cesado, dejando establecidas las fronteras divisorias del protestantismo y del catolicismo, casi como se hallan hoy: á un lado Inglaterra, Escocia y los Estados del Norte; á otro España, Irlanda, Portugal é Italia; y extendiéndose la linea de la demarcacion, lo propio que ahora, por medio de los Países Bajos, de Alemania y de Suiza, separando las provincias, electorados y cantones. La Francia podia considerarse a la sazón en litigio, como terreno en el cual estuviera indecisa la lucha, y desde aquel entónces las dos creencias sólo han logrado conservar sus posiciones respectivas. Pero si han tenido lugar incur-

siones y correrías, por decirlo así, la frontera general ha seguido siendo la misma; porque desde hace dos siglos y medio no hemos visto alzarse rebelde como un solo individuo á una sociedad en masa, y emanciparse del yugo que pesaba sobre ella luengos siglos hacía; espectáculo frecuente allá en el siglo xvi, y que no ha vuelto á reproducirse. ¿Por qué? ¿Por qué á una tan violenta sacudida siguió tan prolongado reposo? Si las doctrinas de los reformadores no se hallan hoy día más ni ménos conformes que otro tiempo á la razón ó á la revelacion; si el espíritu público no es hoy tampoco ménos ilustrado que lo era entónces, ¿por qué, despues de haber triunfado de todos los obstáculos que se le opusieron en un siglo que gozaba comparativamente de poca ciencia y ménos libertad, no progresa el protestantismo de una manera sensible, ahora que nos hallamos en tiempos de tanto razonamiento, de tanta tolerancia religiosa y de tanta libertad política? ¿Por qué Lutero, Calvino, Knox y Zwinglio no dejaron sucesores, propagandistas eficaces de la doctrina protestante? ¿Por qué no ha logrado el protestantismo atraer á su idea en más de doscientos cincuenta años un número igual siquiera de neófitos al que conquistaba en seis meses, en la época de la Reforma? Siempre nos han parecido estos hechos problemas históricos tan curiosos como interesantes, y acaso algun día nos propongamos su resolucion; mas, por el momento, será bastante á nuestro propósito dejar consignado que hácia los últimos años de la reina Isabel había el protestantismo, para expresarnos en el lenguaje del *Apocalipsis*, «abandonado su primera caridad y dado de mano á sus primeras obras.»

La lucha formidable del siglo xvi había, pues,

cesado; la no ménos temerosa del xvii no había comenzado aún; los confesores de la época de María ya no vivían; los católicos carecían por completo de poder é influencia en el Estado, influencia y poder que aún no habían alcanzado fuerza incontrastable y terrible en manos del bando puritano; pero si bien es cierto que la vista del observador sagaz, conocedor de la historia del periodo siguiente, podía penetrar sin dificultad y discernir en los actos de los últimos Parlamentos de Isabel los gérmenes de sucesos importantes para siempre memorables, nada de cuanto decimos era perceptible á los contemporáneos. Porque los dos partidos de hombres ambiciosos que se disputaban el poder, no estaban, en verdad, separados por ningun problema complicado de interes público; ambos pertenecían á la Iglesia establecida; uno y otro eran adictos de una manera incondicional á la Rema, y aprobaban implícita y explícitamente la guerra con España, y no tenemos razones para suponer que se hallaran discordes en punto á la sucesion de la Corona, ni que ninguna de las dos facciones meditara reformas trascendentales, ni que se propusiera la menor cosa en desagravio de las quejas que pudiera formular la opinion pública, pues la plaga de que adolecía entónces la Inglaterra era conveniente á los dos rivales, y tan provechosa y fructífera, que uno y otro la fomentaban con igual empeño. Raleigh tenía el monopolio de los naipes, y Essex el monopolio de los vinos generosos; consistiendo en realidad el único motivo de la querrela entre los opuestos bandos en no lograr concertarse respecto de la parte de poder y de influencia que debía tocar á cada cual.

Por ningun concepto político puede sernos Essex amable; y la commiseracion que nos inspira su fin